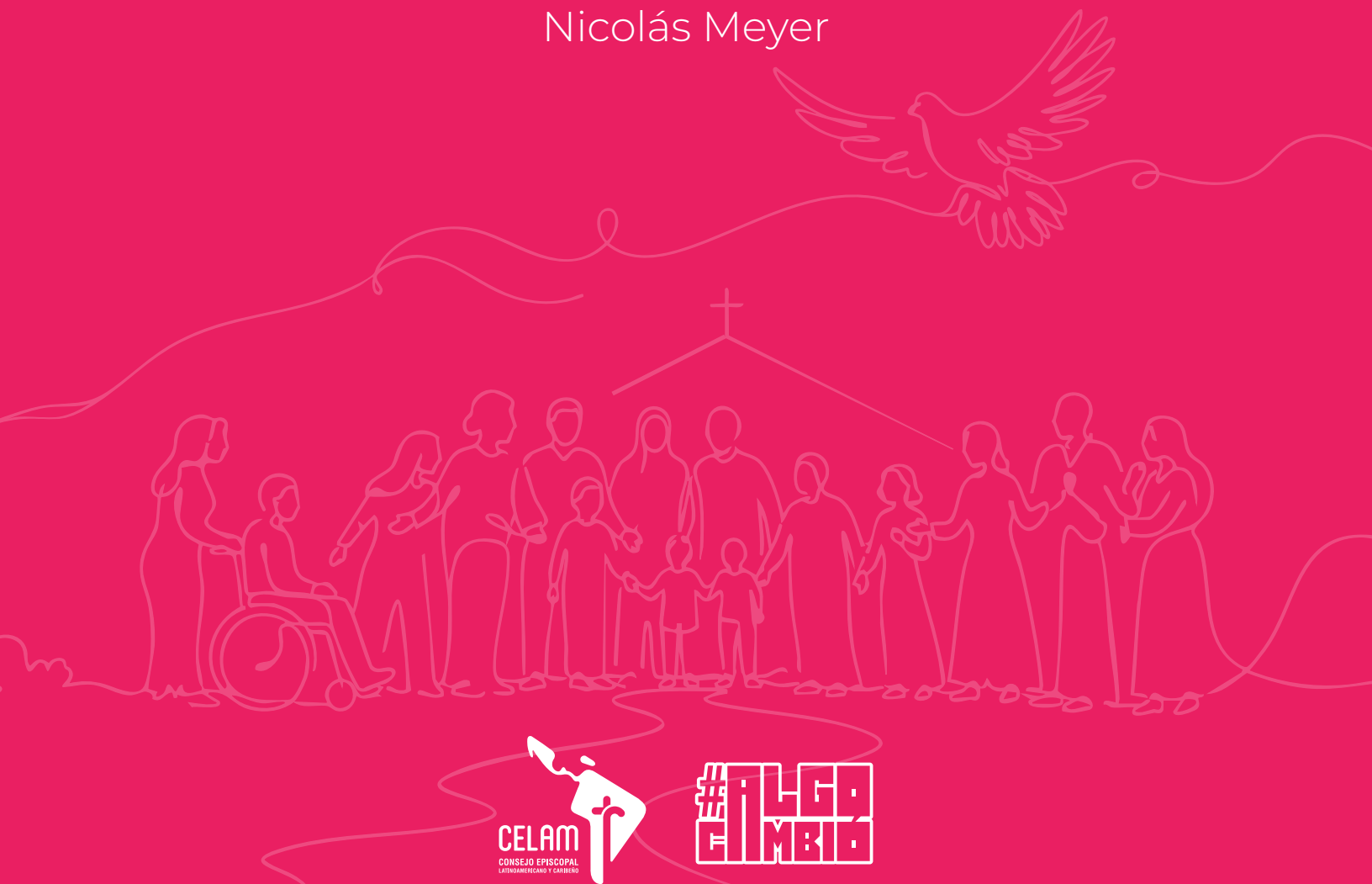


4

ESPIRITUALIDAD SINODAL: **EL DESAFÍO DE CAMINAR JUNTOS EN LA DIVERSIDAD DEL PUEBLO DE DIOS**

Nicolás Meyer





Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)

Centro para la Comunicación (CPC)

Nicolás Meyer

Avenida Boyacá No. 169D-75

Código Postal 111166

PBX: 601 484 5804

www.celam.org

Bogotá D.C., Colombia

Agosto, 2026

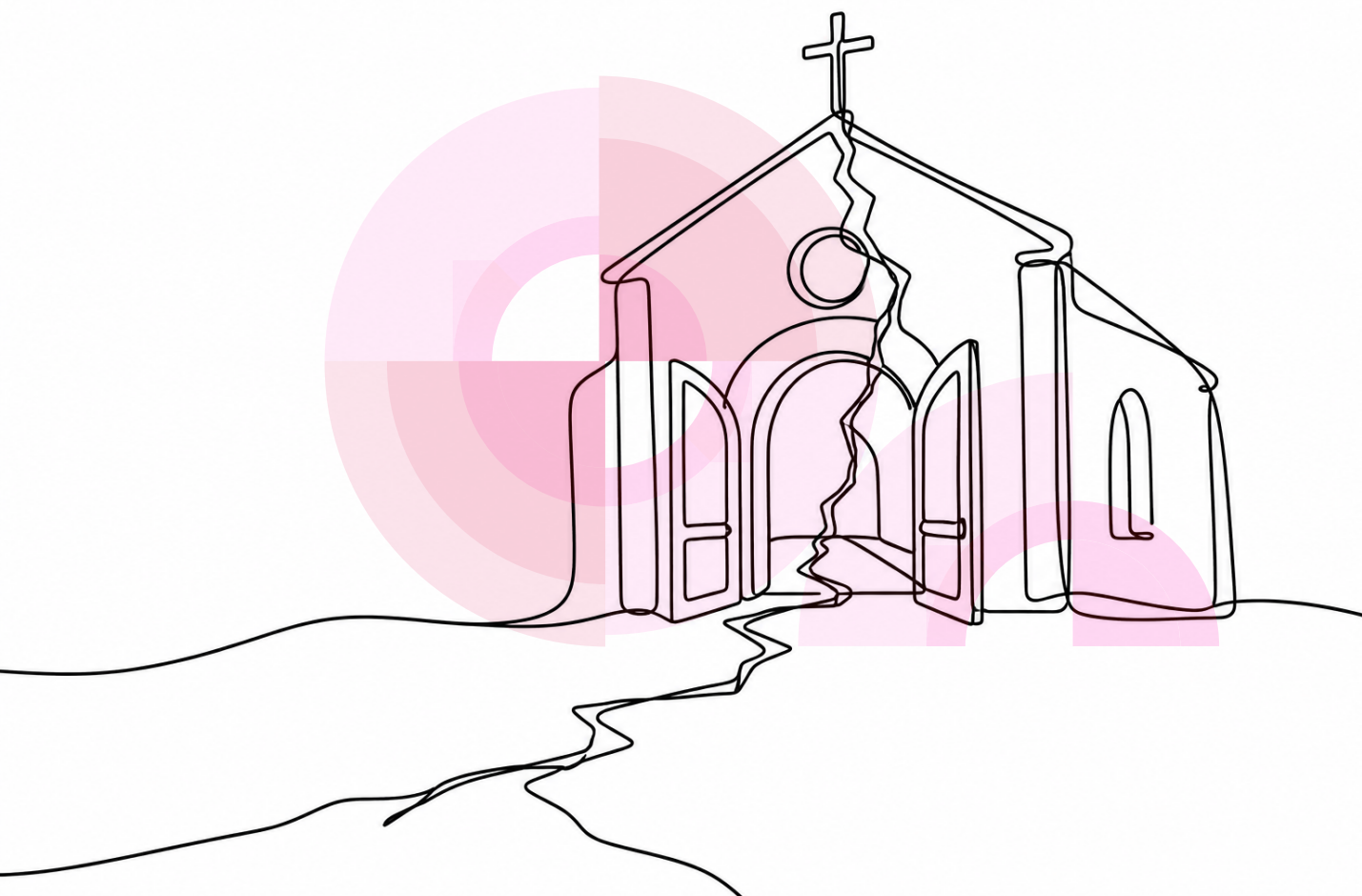




Nicolás Meyer

Laico, argentino, Coordinador Regional del Secretariado Latinoamericano y Caribeño de Caritas (SELACC). Es parte del equipo Continental del Sínodo del Celam y del equipo animador nacional del Sínodo en Argentina. Cuenta con dos maestrías, en Políticas Públicas y en Gestión de Empresas Cooperativas, y se formó en Psicología Social y Filosofía.

La grieta que también entra por la puerta de la Iglesia



Hay una pregunta que casi nunca nos hacemos en voz alta, aunque la vivamos cada semana: ¿con quién, exactamente, estoy dispuesto a caminar juntos? Decimos que sí a la diversidad de dones y carismas que suscita el Espíritu, la cantamos en muchos de nuestros cantos religiosos, la recitamos en muchas de nuestras oraciones litúrgicas. Pero cuando esa diversidad tiene nombre y apellido, cuando se sienta al lado nuestro en la reunión



parroquial o de comunidad, cambia de opinión política, reza distinto, viste distinto o piensa la pastoral de otra manera, ahí es donde de verdad se nos complica. Parecería que aceptamos la diversidad en abstracto. Con el grupo de al lado, en cambio, preferimos a veces “no tener nada que ver”.

No es un problema nuevo, pero hoy tiene un condimento particular. Vivimos en sociedades atravesadas por grietas: la política, la cultura, las artes, hasta el deporte, todo parece exigirnos tomar partido y descalificar al que piensa distinto. Caminar juntos, en ese contexto, es un gesto profundamente contracultural. Y lo contracultural cuesta, porque no tenemos demasiados modelos a la vista de cómo se hace.

Dentro de nuestras parroquias y comunidades, los distintos grupos y movimientos comparten templo, pero pocas veces comparten mesa. Tienen el desafío, y la dificultad, de escucharse, de aceptarse, de caminar realmente juntos. La propuesta sinodal nos interpela justo ahí. Y hay algo que quiero nombrar con claridad: solemos pensar la diversidad del Pueblo de Dios en categorías de jerarquía o de estado de vida (laicos, consagrados, clero), como si esas fueran las únicas líneas donde se juega la unidad de la Iglesia. Pero la diversidad que hoy nos resulta más difícil de aceptar no pasa tanto por ahí. Pasa por los distintos modos de vivir la fe, la liturgia, la pastoral, dentro de un mismo contexto eclesial y social, entre laicos que se llaman hermanos.

Alguien nuevo que llega a una comunidad y percibe esa fragmentación no se siente atraído a sumarse a otra grieta. Ya tiene bastante en su vida cotidiana, en su trabajo, en su familia, en su *feed* de redes sociales. Si la Iglesia le ofrece una réplica en miniatura del mundo dividido del que viene escapando, ¿por qué se quedaría?

Antes de mirar afuera: la conversión que pide el Espíritu



Todo lo dicho hasta acá puede leerse como una estrategia pastoral: mejores dinámicas de grupo, más diálogo, menos reproche. Pero el Documento Final es contundente en advertir que no alcanza con eso: "si falta la profundidad espiritual personal y comunitaria, la sinodalidad se reduce a un expediente organizativo"¹. Cami-

1 Documento Final del Sínodo sobre la Sinodalidad (2024), n. 44.



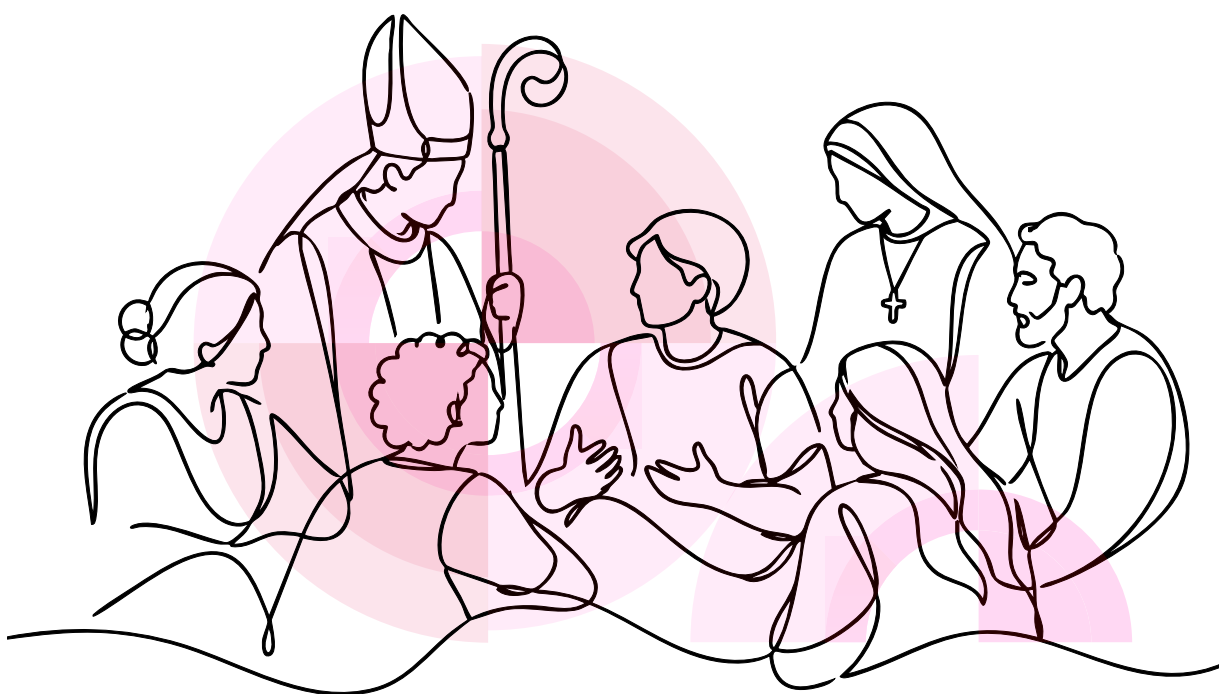
nar juntos en la diversidad no es, antes que nada, una técnica de convivencia que se aprende. Es una conversión que se pide, se recibe, y muchas veces cuesta.

La imagen bíblica que mejor ilumina esto no es la de Babel, donde la diversidad de lenguas termina en confusión y dispersión (Gn 11,1-9), sino la de Pentecostés, donde el mismo Espíritu que se derrama sobre los apóstoles hace que partos, medos, elamitas y habitantes de tantas regiones distintas los escuchen, cada uno, hablar en su propia lengua (Hch 2,5-11). El Espíritu no borra las lenguas ni las uniforma en una sola. Las hace entendibles entre sí sin quitarles su identidad. Es exactamente lo contrario de lo que hacen las redes sociales con nuestro sesgo de confirmación: en vez de ayudarnos a entender al que habla distinto, nos encierran cada vez más adentro de la propia lengua.

Esa conversión tiene, además, un método propio, que el Sínodo llamó “conversación en el Espíritu”: “la palabra ‘conversación’ expresa algo más que un mero diálogo: entrelaza armoniosamente pensamiento y sentimiento (...) por eso puede decirse que en la conversación está en juego la conversión”². No se trata de discutir mejor ni de ganar el argumento con más elegancia. Se trata de que, al escuchar de verdad al que piensa distinto, algo en mí también se anime a moverse.

2 Documento Final del Sínodo sobre la Sinodalidad (2024), n. 45.

No es (solo) sobre jerarquía o estado de vida



El Documento Final del Sínodo sobre la Sinodalidad es explícito en un punto que conviene subrayar: “la unidad de la Iglesia no es la uniformidad, sino la integración orgánica de las legítimas diversidades”³. No es un matiz menor. Buena parte de nuestra dificultad para caminar juntos nace de confundir unidad con uniformi-

3 XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Documento Final: Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*, n. 38 (cita Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 46).



dad, de esperar que el otro grupo, el otro movimiento, la otra sensibilidad, termine pareciéndose a la nuestra para recién entonces poder caminar del mismo lado.

El mismo Documento propone una imagen hermosa para pensar esto: la Iglesia sinodal como una orquesta, donde “la variedad de instrumentos es necesaria para dar vida a la belleza y a la armonía de la música”, y donde la voz de cada uno mantiene sus propios rasgos distintivos al servicio de la misión común⁴. Nadie le pide al violín que suene como un tambor. Pero para que suene una orquesta y no un ruido, hace falta algo más que tolerarse a la distancia: hace falta ensayar juntos, escucharse, ceder el compás cuando le toca a otro instrumento.

Ahí es donde quiero detenerme en un ejemplo concreto y actual, quizás el más incómodo de nombrar: la inclusión de personas con diversas orientaciones y opciones de género y sexuales en las tareas pastorales. En muchas de nuestras comunidades las incluimos, con gusto incluso, para el trabajo más físico, más de servicio, más “social”: ayudan en la olla popular, arman el salón, cargan las cajas, acompañan visitas. Pero nos cuesta mucho más darles lugar en los ámbitos de discernimiento, de misión, de catequesis. Las incluimos según la tarea, no según la persona entera. Aceptamos sus manos que sirven, pero dudamos de sus voces cuando enseñan o discierne.

El propio Documento Final reconoce, con una honestidad que vale la pena señalar, que a lo largo de todo el proceso sinodal “tampoco faltaron quienes compartieron el sufrimiento de sentirse excluidos o juzgados también por su situación matrimonial, su identidad y su sexualidad”⁵. Es una frase breve, y lo es a propósito: el discernimiento más profundo sobre esta cuestión quedó derivado a uno de los diez Grupos de Estudio que el papa Francisco encomendó en 2024 para las preguntas más controvertidas

4 Ibíd., n. 42.

5 Ibíd., n. 50.



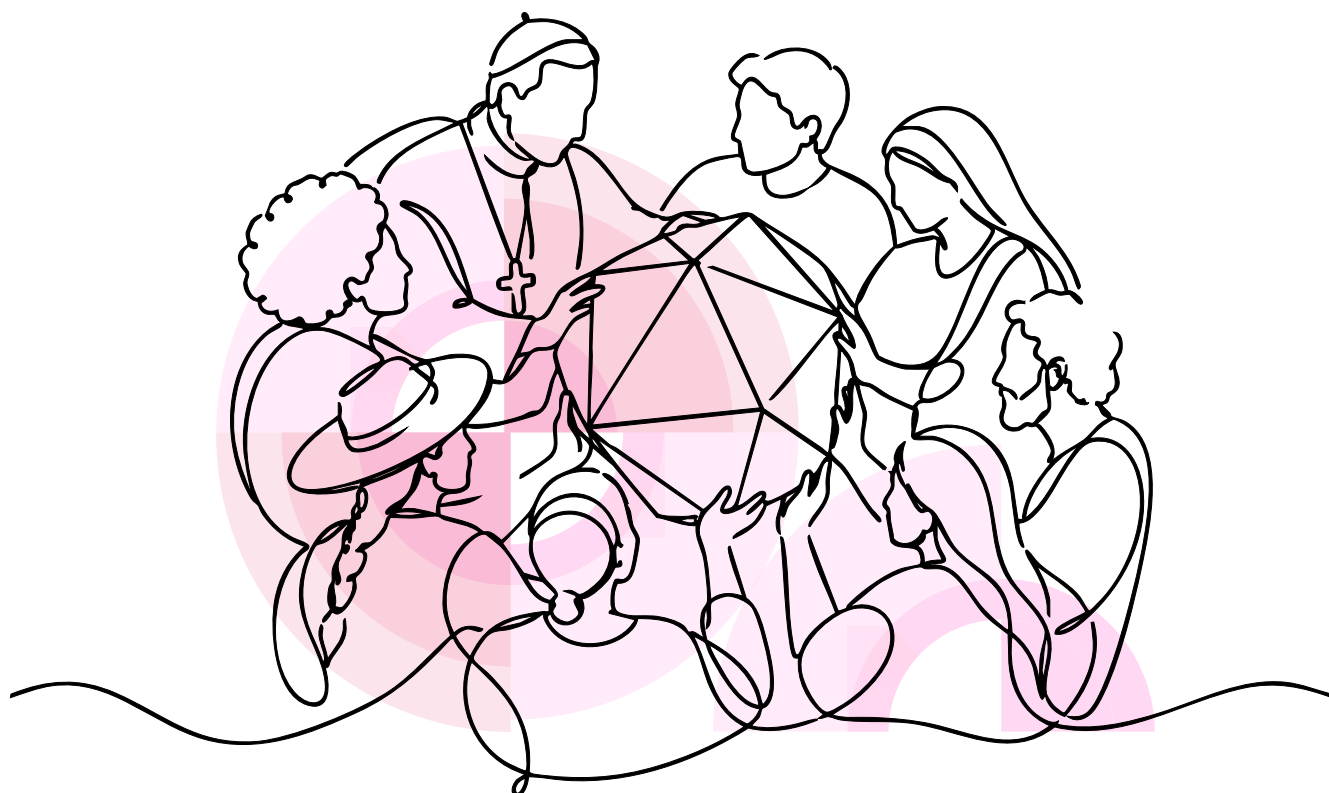
del camino sinodal. El Sínodo nombra el dolor, pero todavía no termina de resolver la pregunta. Y creo que esa misma honestidad, la de reconocer que no está resuelto, es más útil que cualquier respuesta apresurada.

Lo que sí tenemos, y con fuerza, es un principio que puede iluminar el camino mientras seguimos discerniendo: los dones del Espíritu “no son propiedad exclusiva de quienes los reciben y ejercen, ni pueden ser motivo de reivindicación para sí mismos o para un grupo”⁶. Si un don para la catequesis, para la escucha, para el discernimiento comunitario, es auténticamente un don del Espíritu, ningún grupo dentro de la comunidad tiene la potestad de decidir unilateralmente quién puede ejercerlo y quién no, en función de una identidad que no elige libremente. Y el magisterio reciente ya ha sido claro en un punto básico, aunque falte mucho camino por recorrer: “toda persona, independientemente de su tendencia sexual, ha de ser respetada en su dignidad y acogida con respeto, procurando evitar todo signo de discriminación injusta”⁷.

6 *Ibíd.*, n. 57.

7 Francisco, *Amoris laetitia*, 250.

El poliedro, no la esfera



El Papa Francisco propuso hace más de una década una imagen que sigue siendo, para mí, la mejor brújula posible para este desafío. Escribió que “el modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad”⁸.

8 Francisco, *Evangelii gaudium*, 236.



La esfera es tentadora. Es prolija, es simétrica, no tiene aristas que incomoden. Pero es también la imagen perfecta de la uniformidad: todos los puntos iguales, todos a la misma distancia de un centro que define lo correcto. Cuando una comunidad, un grupo, un movimiento, empieza a pensarse como esfera, empieza también, sin darse cuenta, a licuar todo lo que no encaja en su propia forma.

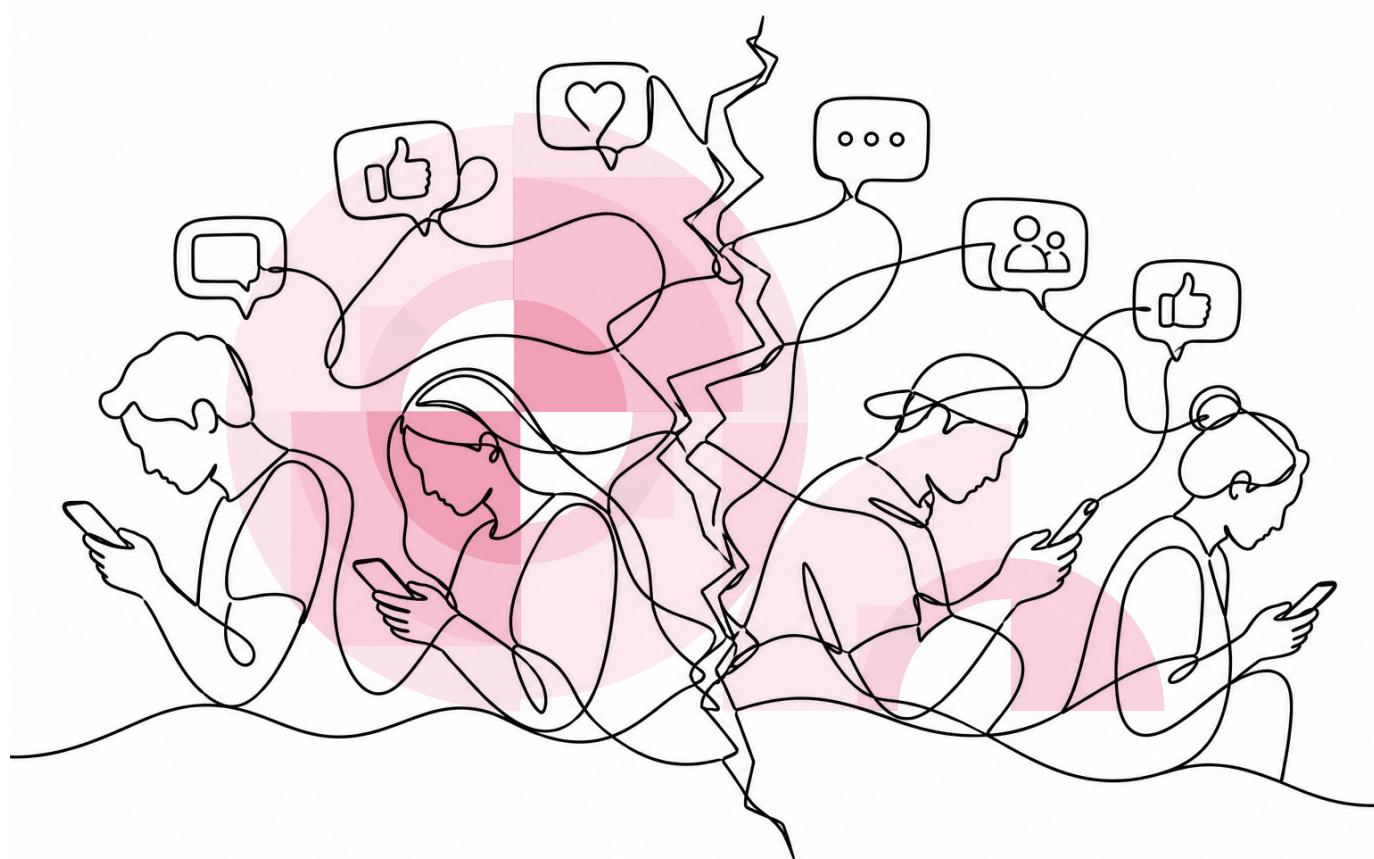
El poliedro, en cambio, no se avergüenza de sus aristas. Ahí está su belleza: cada cara conserva su forma propia, y sin embargo todas juntas sostienen un mismo cuerpo. Es exactamente lo que el Papa Francisco volvió a decir con otras palabras, mucho más recientemente y ya no solo, en la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, cuando pidió a los jóvenes repetir, cada uno en su propia lengua: “todos, todos, todos”⁹. No dijo “todos los que piensan como yo”. Dijo todos.

Mucho antes de que Francisco escribiera sobre el poliedro, Jesús ya lo practicaba al elegir a sus discípulos. Entre los doce convivían un pescador galileo como Pedro y un recaudador de impuestos como Mateo, que cobraba tributos para Roma y era, por eso mismo, visto como un colaboracionista y un traidor por buena parte de su pueblo. Convivía también Simón, llamado el Zelote (cf. Lc 6,15), que pertenecía al bando político exactamente opuesto: los zelotes eran nacionalistas dispuestos incluso a la violencia para expulsar a Roma de Israel. Jesús no eligió a doce personas que pensarán igual. Eligió, deliberadamente, a dos hombres que en cualquier otra mesa de su época jamás se hubieran sentado juntos, y los hizo caminar bajo el mismo techo, comer del mismo pan, aprender a quererse. Si sumamos a las mujeres que sostenían económicamente al grupo, como María Magdalena y Juana (cf. Lc 8,1-3), en una cultura que no les daba lugar de liderazgo, queda claro que el poliedro no es una metáfora moderna aplicada por Francisco al Evangelio. Es, ante todo, una descripción fiel de cómo Jesús mismo formó su primera comunidad.

La Iglesia que imagina el poliedro no le pide al distinto que se convierta en un punto más de la esfera para poder entrar.

9 Francisco, homilía en la Jornada Mundial de la Juventud, Lisboa, agosto de 2023.

Cuando las redes alimentan la grieta



Sería ingenuo pensar que esta dificultad nace solo de nuestra propia cerrazón. Vivimos en un ecosistema de comunicación que trabaja, activamente, en contra de la cultura del encuentro. Las redes sociales no inventaron la polarización, pero la potenciaron de una manera que ninguna generación anterior conoció: fortalecen nuestro sesgo de confirmación, alimentan nuestra creencia



de autoafirmación, la sensación cómoda de que somos los que tenemos la verdad, los que estamos en lo correcto, los que seguimos la verdadera doctrina, mientras el otro grupo simplemente se equivoca.

El papa Francisco lo describió con precisión en *Fratelli tutti*: en el mundo digital, “el respeto al otro se hace pedazos” y, sin demasiado pudor, terminamos invadiendo la vida del que piensa distinto en vez de encontrarnos con él¹⁰. Y agregó algo que me parece central para entender por qué tantos vínculos virtuales, dentro y fuera de la Iglesia, terminan siendo tan frágiles: esos contactos digitales “no construyen verdaderamente un nosotros, sino que suelen disimular y amplificar el mismo individualismo que se expresa en la xenofobia y en el desprecio de los débiles”¹¹. Un grupo de WhatsApp parroquial puede, sin que nadie lo busque, terminar funcionando exactamente así: una trinchera más, no un lugar de encuentro.

No hace falta que la grieta venga de afuera para colarse en nuestras comunidades. Muchas veces ya está instalada en nuestros propios teléfonos, en los grupos donde nos sentimos cómodos porque ahí nadie nos contradice. Y de ahí se traslada, casi sin que lo notemos, a la manera en que tratamos al que piensa distinto cuando lo tenemos enfrente, en la reunión del consejo pastoral o en el pasillo después de la misa.

10 Francisco, *Fratelli tutti*, 42.

11 *Ibíd.*, 43.

Encontrarnos cara a cara para reconocernos



El Documento Final nombra algo que me parece decisivo: las divisiones que atraviesan nuestras comunidades “generan bloques y miedos, que es necesario afrontar cara a cara y atravesar para poder emprender el camino de la conversión relacional”¹².

12 Documento Final del Sínodo, n. 53.



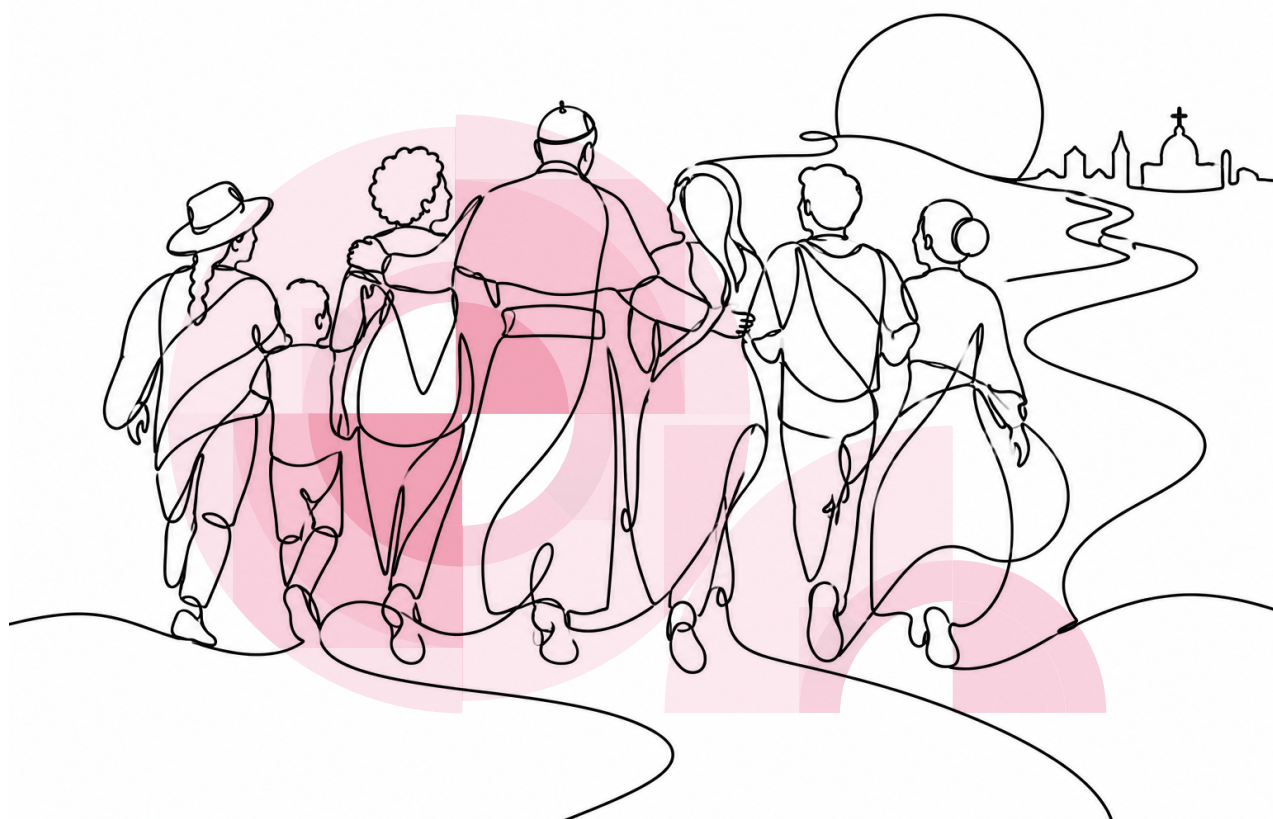
Cara a cara, no a la distancia prudente de una pantalla ni del comentario que hacemos entre los nuestros cuando el otro grupo ya se fue. Y agrega, con una expresión que me parece que debería estar colgada en la puerta de cada sacristía, de cada salón parroquial: estamos llamados a “superar el miedo a la diversidad y dar vida a comunidades acogedoras”¹³.

No hace falta ir muy lejos para reconocer esta dinámica. Pensemos en una parroquia cualquiera de nuestra región, donde conviven, sin cruzarse demasiado, un grupo de oración carismático, una pastoral social comprometida con los más pobres del barrio, un movimiento juvenil que prefiere la música y la fiesta como puerta de entrada a la fe, y un grupo de liturgia que cuida cada detalle de la celebración dominical. Cada uno hace, a su manera, un trabajo genuino y necesario. Y, sin embargo, cuando se cruzan en una reunión de planificación anual, el diálogo suele reducirse a defender el propio espacio, el propio horario, el propio presupuesto. Rara vez alguien pregunta con curiosidad genuina qué es lo que el otro grupo ve de Dios que uno mismo no está viendo. Esa pregunta, tan simple, es la que la Espiritualidad sinodal nos invita a animarnos a hacer.

Algo parecido, a mayor escala, atravesamos en Cáritas América Latina y el Caribe. Somos veintiuna Cáritas Nacionales, en países con historias, culturas y sensibilidades eclesiales muy distintas entre sí. Lo que en una región se vive como prioridad urgente, en otra apenas aparece en el radar. Lo que hemos aprendido, no sin tropiezos, es que la coordinación regional no funciona intentando homogeneizar esas diferencias, sino generando espacios reales donde cada Cáritas Nacional pueda explicar su propia lógica, y donde las demás puedan escuchar sin apurarse a corregir. El poliedro, otra vez, y no la esfera.

13 *Ibíd.*, n. 56.

Cierre: caminar juntos como testimonio



La Espiritualidad sinodal, dice el Documento Final, se reconoce cuando “la vida cotidiana de la Iglesia está marcada por la unidad y la armonía en la pluriformidad”¹⁴. No es un ideal decorativo. En un mundo marcado por el aumento de las desigualdades, el des-

14 Ibíd., n. 43.



encanto con la democracia y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza antes que, por el diálogo, el propio Documento afirma que una Iglesia que practica genuinamente la sinodalidad “puede hacer de la Iglesia una voz profética en el mundo de hoy”¹⁵.

Ahí está, para mí, el corazón del desafío. Caminar juntos en la diversidad del Pueblo de Dios no es un requisito burocrático del proceso sinodal, ni una simpática aspiración pastoral. Es, en un mundo que se organiza cada vez más alrededor de grietas, un testimonio evangélico. Puede que sea, incluso, el testimonio más contracultural que tenemos para ofrecer: que es posible sentarse con el que piensa distinto sin dejar de ser quien uno es, y sin exigirle al otro que deje de serlo. Que la unidad no necesita la esfera. Le alcanza, y le sobra, con el poliedro.

Quisiera terminar no con una conclusión, sino con una invitación. Pensá en una persona concreta de tu comunidad, con nombre y apellido, cuya manera de vivir la fe, la liturgia, la pastoral o su propia identidad te genera incomodidad o resistencia. No hace falta que cambiés de opinión sobre nada. Pedile al Espíritu, esta semana, la gracia de preguntarte con sinceridad qué te querrá decir Dios a través de esa persona, en lugar de apurarte a defender por qué vos tenés razón. Esa oración pequeña, sostenida en el tiempo, es quizás el primer paso real hacia el poliedro.

15 Ibíd., n. 47.

Visite <https://sinodo.celam.org/>

